

DOMINGO XXI ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

Por si nos habíamos olvidado, Lucas nos recuerda que la escena que nos cuenta hoy sucedió cuando Jesús iba "de camino hacia Jerusalén". Si hace dos domingos se nos invitaba a la vigilancia, y el pasado a la coherencia en nuestro camino, hoy suena la pregunta que también puede preocupar al cristiano de hoy: ¿son muchos los que se salvan?

La pregunta nos la podemos hacer también nosotros, porque es importante: ¿son muchos los que se salvan? ¿son pocos? ¿estaré yo entre los que se salvan? ¿qué he de hacer para salvarme? O bien, otra pregunta que también se oye: ¿qué pasará en el más allá?

Tal vez el que hizo la pregunta a Jesús tenía la idea de que sólo se salvaban los judíos. Según la formación que hayamos recibido nosotros, tal vez pensemos que estamos seguros de la salvación por ser cristianos, o por ser "practicantes" o por haber cumplido unos rezos o unas prácticas de devoción.

La respuesta de Jesús es, por una parte, muy positiva: Dios quiere la salvación de todos. No sólo del pueblo de Israel, el pueblo elegido, sino de todos. Ya lo dice Isaías: desde costas lejanas y de países extranjeros vendrá gente a adorar al Dios verdadero. Todos están destinados a su Reino. En la Biblia aparece que el pueblo de Israel es el pueblo elegido, pero que a la vez tiene una vocación misionera, mediadora, para que todas las naciones conozcan y sigan a Dios.

El salmo también ha insistido en la misma clave: "aclamen al Señor todas las naciones", "vayan al mundo entero y proclamen el evangelio". Jesús, en el evangelio, anuncia que vendrán de los cuatro puntos cardinales a sentarse en la mesa del Reino de Dios.



Cuando el libro del Apocalipsis nos describe el cielo, nos habla de una muchedumbre inmensa de bienaventurados, de toda raza y lengua y condición, que cantan a gritos las alabanzas de Cristo y participan en su victoria. Ese es el plan de Dios: la salvación universal.

Pero Jesús, a continuación, nos dice que hay que saber conjugar esa misericordia universal de Dios con la exigencia de la respuesta personal.

Jesús no quiere engañar a nadie. Lo que vale, cuesta. Dios quiere salvarnos, pero con la condición de que le demos una respuesta clara de fe y de vida auténtica. Debemos tomar también nosotros nuestra cruz y seguir las huellas de Cristo. Si el camino de Jesús fue difícil, no es raro que se nos anuncie que el de sus seguidores no puede ser cómodo.

Jesús no nos proporciona "recetas" fáciles para salvarse. Él habla de "puerta estrecha" y, a veces, de "puerta cerrada". Jesús dijo un día que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico, lleno de sí mismo, entre en el Reino. En otra ocasión explicó cómo cinco de las muchachas llamadas al banquete de bodas, las necias, se quedaron fuera, porque la llegada del novio las sorprendió sin aceite para sus lámparas.

Nos gustaría que hubiera anunciado que todos se salvarán, que todos serán admitidos al banquete de bodas y encontrarán un puesto a su mesa. Pero nos habla del riesgo de quedarnos fuera. El cielo no es un coladero fácil. La misericordia infinita de Dios se conjuga con nuestra respuesta a su amor.

Es como si un maestro tuviera que asegurar a sus alumnos que todos aprobarán los exámenes. Esa sería la intención del profesor, promocionar a todos, pero de por medio está el esfuerzo de cada alumno por conseguir el aprobado. Como el trabajo de los atletas que compiten para poder llegar a la meta.



La respuesta de Jesús no nos resulta cómoda. El Reino, la salvación, no se gana fácilmente. Requiere esfuerzo. Supone una respuesta libre y personal al don de Dios.

¿Es garantía segura ser cristianos? Todavía puede sorprender más el que Jesús les diga a los judíos que el pertenecer al pueblo elegido de Dios no les basta para salvarse: que podría darse, por desgracia, que ellos se queden fuera, mientras que otros, que vienen de países paganos, se les adelanten en el Reino. No basta con "ser hijos de Abrahán". No basta que puedan decir que el Mesías ha surgido de entre ellos y que han "comido y bebido" con él.

A los cristianos también se nos puede aplicar el mismo aviso, que sigue siendo incómodo. No basta con pertenecer a la Iglesia y, además, a algún movimiento laical, o comunidad o grupo piadoso. Depende de la respuesta vital de fe que demos cada uno a Dios. Si "salvarse" -entrar a la alegría perpetua de Dios en el cielo- dependiera sólo de estar o no bautizados, de llevar o no una medalla, de decir o no unas oraciones, sería fácil. El seguimiento de Jesús es exigente. No se salva quien dice "Señor, Señor", sino quien hace la voluntad del Padre. No salva la "comunión de mesa". Salva la "comunión de la vida" con Cristo Jesús.

Sería una pena que al final encontráramos la puerta cerrada, como unos ciclistas que llegan a la meta con el control cerrado. La pertenencia a la Iglesia y el acudir a la Eucaristía dominical nos ayudan mucho, pero no bastan por sí mismos ni son garantía segura de nuestro éxito final. Jesús nos invita hoy a que sigamos trabajando, a que nos mantengamos despiertos, para que nuestra vida sea conforme al estilo de su evangelio.



Entonces sí, confiamos escuchar, a la hora de nuestro encuentro con Dios, las palabras que él dirige a los que han sido fieles: "muy bien, siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor". La puerta es estrecha, pero, con la ayuda de Dios, "una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar", como dice el Apocalipsis, han sabido entrar por ella.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador